

MEXICO

Conversación con Lorenzo Meyer

Volver a la política de los partidos

Manuel S. Garrido.

Convenido de que México ya no es el mismo a partir del estallido de Chiapas, *Mundo* quiso conversar con el doctor Lorenzo Meyer, destacado intelectual e investigador de El Colegio de México. Sobre todo para reflexionar acerca de las perspectivas del cambio, para situar, sin exageraciones, el significado de este remezón político y sus consecuencias posibles en nuestro país.

Es casi un lugar común decir: "México ya no es el mismo desde el primero de enero". Esta es la primera cuestión que me gustaría platicar contigo. En qué sentido México es otro. Cuando bien sabemos que ese otro siempre ha existido.

Es una muy buena pregunta, porque se ha exagerado mucho, se ha usado la frase en exceso: ¿es otro? Pues no, no es otro: los que mandaban antes mandan ahora; los que estaban en el tope de la pirámide social, siguen ahí; los pobres siguen exactamente igual; la clase media no ha cambiado. Nada de la realidad material ha cambiado, lo que ha cambiado son las percepciones sobre el presente y el futuro, no sobre el pasado. Pero, ¿por qué se insiste en este cambio? Yo lo atribuiría a lo siguiente: el golpe de Chiapas va dirigido a la Presidencia. Y por eso toda la estructura formal y real del poder se ha cimbrado. Porque ese poder es todo. No sólo porque contiene todo, a todos los demás poderes sujetos al Poder Ejecutivo, sino porque es capaz de todo. Pues bien, de pronto, ante ese poder absoluto, aparece el EZLN, que lo reta como nadie lo había hecho, arriesgándolo todo, desde la legitimidad de sus



FOTO: CARLOS RAMÍREZ



Lorenzo Meyer

demandas, colocando al desnudo al sistema y al poder total de la Presidencia.

Yo creo que eso fue lo que cambió: la percepción que los mexicanos tienen de su Presidencia y, por lo tanto, de su sistema político, y del futuro de ese sistema. Eso sí cambió.

¿Podrías decir entonces que ha cambiado también la función, el rol de los marginados en México? ¿Que la pobreza ha tenido el mérito de poner en discusión los grandes problemas nacionales?

Sí, porque la pobreza, en principio, está en el corazón del proyecto de la Revolución Mexicana. ¿Cuál era el proyecto de la Revolución? Arrancar de la marginalidad a la mayoría de los mexicanos, hacerlos ciudadanos, introducirlos a la modernidad, y ser felices. Ese fue el proyecto de 1910, pero sobre todo de 1917. Entonces, lo que Chiapas viene a mostrar, de una manera desnuda, radical, es que todo el proyecto mexicano, que se llevó también casi todo el siglo XX, el proyecto de acabar con esa pobreza, no tuvo éxito. En este sentido, es un siglo gastado, un siglo echado a perder. Porque a la hora del TLC sale no solamente la pobreza, sino una pobreza muy peculiar, la pobreza indígena. Pero ése era el pecado en el porfiriato. Y ahora, justo al terminar el siglo, cuando la élite política está proyectando hacia el futuro, aparece nuevamente el pasado. Cuando el primero de enero era ya el siglo XXI, el primer día del nuevo siglo, cuando éramos parte del gran mercado de la América del Norte, socios del futuro, México muestra un pasado todavía pendiente.

Yendo a otra cosa, en este mismo orden de ideas, ¿no crees que junto a la pobreza de la que estamos hablando aparece también nuestra terrible orfandad política, una gran pobreza política? ¿Podemos decir que la pobreza en México nos hace ver nos a nosotros mismos con esta otra terrible pobreza? ¿Podemos ser autocríticos los intelectuales, los empresarios, los políticos, las instituciones? ¿No nos quedamos cortos ante el problema?

En principio, ésta no es una pregunta, es una afirmación, y está muy bien. No hay respuesta. Está uno de acuerdo con eso. El grito de la pobreza en Chiapas muestra otras orfandades muy profundas. Pero yo le metería algunos matices. Creo que las

responsabilidades no son exactamente iguales. Por razones de nuestra formación histórica, la responsabilidad fundamental es de la clase política, porque tiene, en términos relativos, mucho más poder que, enfáticamente, cualquier otro sistema político. Entonces, no los pondría a todos iguales, ni aceptaría ponerme a mí entre ellos, como los pusiste tú en la pregunta: todos iguales. Porque no tenemos el mismo poder, ni tenemos los mismos privilegios, ni tenemos la misma capacidad.

Ahora, yo le vería un lado positivo a tu planteamiento. Sí, hay una gran pobreza en las instituciones y por eso no funcionan. Pero eso ya lo sabíamos. Pero hay que estar ciertos de que, en realidad, hay una sola institución en el país, y que ésta es la Presidencia, lo que nos hace vivir como si fuéramos una tribu. Y aunque la modernidad en los procesos políticos y sociales ha sido ir especializando las funciones en diferentes instituciones, en México no ha sucedido eso. En ese sentido, seguimos



FOTO: CARLOS RAMÍREZ

siendo una tribu, puesto que una sola persona lo es todo.

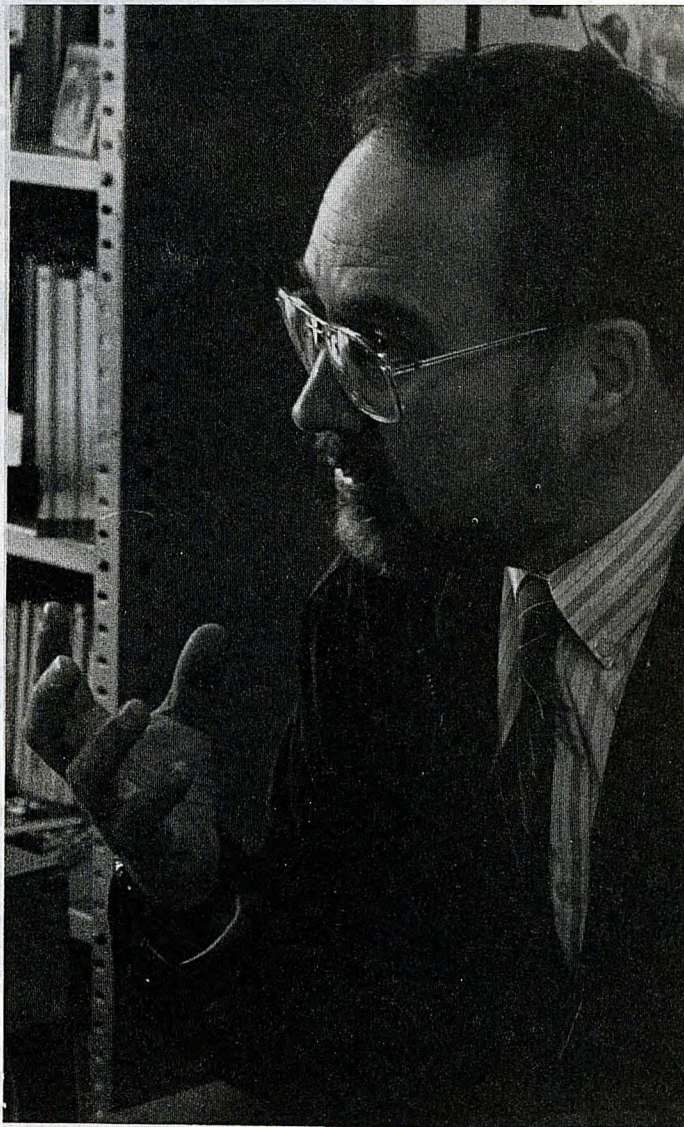
Pero bueno, estoy de acuerdo contigo en que todos los poderes establecidos se han visto muy pobres y esto es quizá, en el fondo, una falla moral; pobreza de espíritu. Me parece incuestionable. Por ejemplo, los empresarios, jóvenes todos, tienen maestrías de universidades muy buenas, tienen todo lo mejor que el mundo moderno les pudo haber dado. Sin embargo, hay algo que no dan las universidades, ni las posiciones, que es la generosidad, el altruismo, la sensibilidad. Visión para concebir la riqueza fuera de la especulación. Yo creo que ahí es donde reside su principal pobreza.

Decías algo que me ha interesado muchísimo. La institución presidencial lo copa todo en México, una condición premoderna —hablábamos de las tribus—, y se me ocurría preguntarte algo como esto: ¿Estamos viviendo en México a finales del siglo XX una rebelión independentista; el principio de una rebelión de soberanía regional contra la gran Metrópoli, que también lo copa todo, que ha expoliado a estas especies de colonias que son los estados de la República? ¿Estaríamos viviendo, de alguna manera, la emergencia también de nuestra condición colonial?

La condición, la herencia colonial en México sigue muy viva, no me cabe duda, y esto es una afirmación que en otros momentos se ha dicho. La colonización nuestra es de las más profundas y arraigadas en nuestro planeta. Yo creo que el siglo XIX y el siglo XX no han podido acabar con esto porque, en la práctica, el poder autoritario mexicano se ejerce sobre el grueso de la población como si no fueran adultos. El sistema político piensa que a los mexicanos hay que salvarlos de sí mismos. Esta presencia del pasado colonial en el presente mexicano es en realidad muy fuerte.

Pero tu pregunta va también por otro

lado. Los grupos indígenas son naciones, tienen todo lo propio de una nación: tienen territorio, tienen historia, lengua, una cultura y una religión propia, porque su cristianismo no es el cristianismo de los otros. Sin embargo, yo creo que no es ésa la salida. No hay que hacer de Chiapas una entidad distinta, porque ahí mismo se ven tzeltales, tzotziles, tojolabales, todos son grupos muy pequeños, y el mismo grupo



"Tenemos que resignarnos y volver a la política de los partidos."

FOTO: CARLOS RAMÍREZ

bueno simplificar mucho. A pesar de lo de Yugoslavia, yo creo que este siglo que viene no es el de las pequeñas comunidades, la recreación de las naciones a ese nivel. Es el reclamo de los localismos, pero metidos en algo más grande. Entonces, destruir la nación mexicana en función de las naciones latentes en ella, no creo que fuera benéfico ni para ellas.

Yo hablaba más bien de aprovechar la herramienta del federalismo en México en términos de dotar a estas regiones de más autonomía.

De acuerdo, pero sin excesos, porque puede llevar a lo que fue el siglo XIX. El siglo de los cacicazgos, de los poderes brutales locales que nadie los detiene. Creo que debe de ser un federalismo atemperado. Entonces, no creo que cambiar de un extremo al otro sea la mejor solución. El poder central debe existir en México, es necesario, si no por otra cosa, sí por la desigualdad de las regiones.

Una última cosa: ¿el destino de México se está discutiendo en Chiapas? ¿En qué sentido, si esto fuera cierto, tú considerarías que el destino de México se está jugando en Chiapas; qué del futuro de México de está jugando allá?

Haría mi respuesta en un sentido muy similar a la anterior: no exageremos. Chiapas, desde luego, es en este momento fundamental, porque es el catalizador de muchos problemas, angustias, demandas, debilidades y posibilidades del desarrollo político mexicano para el siglo que viene. Pero pasará la marea y no hay sustituto para los partidos políticos, todavía no se encuentra un sustituto. No sólo digamos en México, en ninguna parte del mundo. Veámoslo en Europa, en

insurgente no ha propuesto esa independencia. Ellos dicen: somos mexicanos. O sea, se están comportando como una fuerza nacional, más que como una fuerza local.

Ahora, que el centro del conflicto es la sociedad dual, la expoliación, la destrucción de lo local, pues sí; pero tampoco sería

Italia están muy desprestigiados, en Estados Unidos también. Sin embargo, esa institución, que fue inventada por los norteamericanos a fines del siglo XVIII, no encuentra todavía sustituto. El Estado nacional tiene un millón de problemas, pero es una invención que viene desde hace 500

años y tampoco ha encontrado sustituto. Chiapas es el momento de repensar todo el esquema político mexicano, por eso nos emociona, nos aprisiona y nos apasiona, pero ya pasará. El verdadero problema, donde se juega el destino de México, es en eso que ahora se ve muy deslavado: los partidos, las organizaciones burocráticas. Acaso sin la heroicidad que tiene el Ejército Zapatista. La burocracia es, por definición, lo más antiheroico que existe, es horrorosa. Pero no tiene sustituto.

Los partidos políticos volverán y yo creo que sería injusto, con nuestras posibilidades futuras, desestimarlos, porque no se puede crear un proyecto nacional viable, civilizado y amable, en la medida en que se puede en este mundo de subdesarrollo, con política a la chiapaneca...

Lo que sería más fructífero es tomar Chiapas como punto de partida, no para olvidar, sino para rehacer esas estructuras burocráticas que son los partidos políticos, y hacerlas más responsables y más representativas de lo que es México. El tema, pues, es matar al partido de Estado. Ese es el concepto. Chiapas debería de ser lo que nos impulse a darle muerte al partido de Estado y resucitarlo como un partido real en la sociedad.

¿Chiapas debería levantar el acta de defunción del partido de Estado?

Yo creo que no. Yo creo que el partido de Estado desafortunadamente está ahí. Lo que Chiapas debía de levantar es el acta que lo condena a muerte. Aunque, de la condena a la ejecución, se puede salir corriendo y escapar e írsele al verdugo;

pero a veces se tiene que juzgar en ausencia. Es la condena del partido de Estado, y es una condena moral, es una condena poética, política, de todos los ángulos que lo tomemos. Pero la política a la chiapaneca no es sostenible a largo plazo, no se puede mantener la adversidad cotidiana: lo cotidiano mata la heroicidad. Tenemos que resignarnos y volver a la política de los partidos, pero no a la que había. Entonces, la oportunidad se abre, pero no van a ser los chiapanecos solos los que lo logren, lo tendrán que lograr muchísimos más. El Subcomandante lo dice, es un problema de atacar por muchos ángulos, y la sociedad mexicana tiene que hacerlo: despachar al otro mundo al partido de Estado y abrir el país a la modernidad política.